

A 100 años de la Doble Revolución Rusa.

Patricia Kreibohm

Se cumplen cien años de la doble Revolución Rusa. Un proceso que, no sólo acabó con el imperio de los zares y lo reemplazó por el primer sistema comunista del planeta, sino que además, creó un nuevo actor internacional que marcó profundamente la historia, la política y las relaciones internacionales del siglo XX.

Este Imperio fue uno de los más poderosos del mundo. Desde tiempos inmemoriales, sus gobernantes adquirieron vastos territorios, dotados de recursos naturales extraordinarios y en los que convivían más de cien etnias. Un Imperio euro-asiático que, desde el siglo XVII, fue uno de los grandes líderes de la Pentarquía Europea; la estructura de poder que manejó la política del continente hasta la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, y a pesar de su poder, hacia mediados del siglo XIX, Rusia empezó a debilitarse y se convirtió en lo que los historiadores denominan: un gigante vetusto, injusto y frágil.

El Imperio ruso y los orígenes del movimiento revolucionario.

En efecto, en esta época, su sistema político - la autocracia - era retrógrado y rígido, incapaz de superar sus propios límites. Un sistema feudal en el que el zar gobernaba por designio divino; con derechos absolutos sobre sus súbditos a quienes imponía su estilo y sus maneras. Ese *Emperador de Todas las Rusias*, era el alma viviente de su pueblo y el amo de su destino.

En lo económico, Rusia estaba muy atrasada. Vivía de la agricultura pero sus métodos de cultivo eran medievales y su producción estaba limitada por el clima, las grandes distancias y las aduanas internas. Su sociedad, estamentaria, conservadora y cerrada, estaba constituida por más de 40 millones de personas de las cuales el 15 % eran nobles, el 5 % pertenecía a la clase media y el 80 % al campesinado. Estos *mujiks* - que conformaban la espina dorsal del pueblo - eran los más castigados. Sometidos a la explotación de sus amos, al maltrato sistemático del gobierno y a una naturaleza feroz, solo se tenían a sí mismos.

Sin embargo, Rusia era también un país de contrastes. De hecho, y a pesar de estos problemas, su desarrollo artístico y cultural era extraordinario. Basta pensar en el talento de escritores como Tolstoi, Dostoyevsky o Chéjov, o en compositores de la talla de Borodin, Tchaicovsky o Rimski-Korsakov para advertirlo. Por otra parte, sus universidades, creadas a mediados del siglo XVIII - especialmente las de Moscú y San Petersburgo - eran centros de alto nivel académico en los que se formó una importante masa crítica de profesionales e intelectuales. Muchos de ellos formaban parte de círculos de élite y compartían ideas y aspiraciones comunes. Algunos habían viajado a Occidente y admiraban los regímenes políticos y el desarrollo de los países europeos; hablaban francés, leían a Voltaire y a Rousseau, e incluso, a un autor alemán que exponía una teoría inquietante: Carlos Marx.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, estos círculos se fueron politizando. Así se conformó una *Intelligentsia*, integrada por hombres que, si bien adherían a distintas corrientes de pensamiento, estaban unidos por su firme convicción en la necesidad de un cambio. Fuertemente comprometidos con el campesinado, se ilusionaban con las ideas del patriotismo de raíz populista y aspiraban a hacer de Rusia un país moderno, justo y desarrollado. Con el paso del tiempo, las tendencias ideológicas se encausaron y así nacieron, en la clandestinidad, los primeros partidos políticos. En 1903, y a fin de unir a todos en un solo movimiento marxista ruso, los delegados se reunieron en Bruselas. Contrariamente a lo esperado, de este congreso emergieron dos partidos: el Menchevique y el Bolchevique. Ambos compartían su deseo de acabar con la autocracia pero diferían en el sistema que iban a implementar.

Los Mencheviques - que seguían al pie de la letra la teoría de Marx - entendían que, en primera instancia, debía llevarse a cabo una revolución burguesa que instaurara el capitalismo, desarrollara la industria y consolidara una clase obrera. Cuando estas condiciones se afianzaran, podría implementarse el socialismo. Para los bolcheviques en cambio, no había tiempo para realizar el proceso completo. Creían que, si bien Rusia no cumplía con las condiciones establecidas por la teoría para dar el paso hacia el socialismo, éste debía darse de todos modos. Para asegurar el éxito de esta distorsión, Lenin proponía realizar una adaptación para el caso ruso. Esto es lo que más adelante se conocería como el modelo del *Marxismo-Leninismo*.

La evolución del proceso

En esta época Rusia era gobernada por Nicolás II, el último zar. Un buen hombre con una personalidad débil, que tenía muy poca vocación por su tarea y que, además, vivía agobiado por una tragedia familiar: la hemofilia de su único hijo varón, el heredero al trono, Alexei.

La primera muestra clara de la debilidad de su reinado se produjo en 1904, cuando Rusia fue derrotada en la guerra con Japón. De hecho, en pocos meses, los nipones aniquilaron a las fuerzas imperiales y este fracaso debilitó mucho a la nación. Al año siguiente, una pacífica manifestación popular que se congregó frente al palacio de invierno para pedirle al zar reformas y soluciones, fue violentamente reprimida. Este hecho marcó un punto de inflexión en la relación entre el zar y su pueblo y si bien Nicolás hizo esfuerzos para reparar el daño, las cosas empeoraron dramáticamente. En esa coyuntura, los bolcheviques crearon el soviet de Petrogrado, los trabajadores urbanos iniciaron una serie de protestas y en el campo se generaron sublevaciones y levantamientos. A partir de 1911, las huelgas y las manifestaciones callejeras se incrementaron. En 1913, las celebraciones por los 300 años de la monarquía Romanov fueron fastuosas pero no pudieron disimular el resentimiento y la desconfianza hacia la corona.

Al año siguiente estalló la Primera Guerra Mundial; el detonante perfecto del proceso revolucionario. En efecto, fue la guerra la que precipitó el colapso material y emocional de Rusia y la arrastró al abismo. Con ella se quebró el sistema económico y logístico del país; se destruyó el mercado interno y se generalizaron la escasez y la inflación. En el campo la situación era peor. Sin herramientas, ni insumos, ni mano de obra, Rusia se desmoronaba. A todo esto había que sumar las derrotas en el frente, las deserciones masivas y la caída sistemática de la moral de las tropas. Desde fines de 1915, el gobierno ya no pudo controlar la situación. Aun así, el zar optó por partir al frente y dejar a la zarina a cargo; un verdadero acto suicida. En 1916, el país era un caos y para colmo, la figura de Rasputin acaparaba la atención pública. En este contexto, los errores de Alejandra y el desprestigio de la corona fueron sumamente útiles para los líderes revolucionarios que estimularon las huelgas y las protestas. Simultáneamente, dentro del ejército se inició una peligrosa agitación. En el mes de febrero de 1917, cinco días de motines sellaron el estallido de la revolución.

A partir de allí se creó un Gobierno Provisional liderado por los Mencheviques y acompañado por los Bolcheviques, cuya primera medida fue detener a la familia real y obligar al zar a abdicar. El calvario de los últimos Romanov recién comenzaba. Con la caída del zar, millones de personas se ilusionaron y, a pesar de los saqueos, los motines y el hambre, confiaron en que vivirían en un mundo nuevo. Terminarían los sufrimientos, las privaciones y las injusticias; este era el final de un camino de dolor y todo lo que viniera tendría que ser mejor.

Sin embargo, este no era el fin; era sólo el comienzo. El segundo capítulo de esta zaga se escribiría en Octubre, cuando la extraña y frágil alianza entre Mencheviques y Bolcheviques, finalmente explotara.